

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM
SOBRE LA SAGRADA LITURGIA

CUADERNO 9



CUADERNO 9
EL MISTERIO EUCARÍSTICO
(SC 47-58)

FULVIA MARIA SIENI

INTRODUCCIÓN

Los ritos son necesarios. —«¿Qué es un rito?», dijo el principito. —«Es también algo también demasiado olvidado», dijo el zorro. «Es lo que hace que un día sea diferente de los otros días: una hora, de las otras horas» (A. DE SAINT-EXUPÉRY, *El Principito*, Madrid ¹⁶1980, 84).

El zorro tiene razón: los ritos, lejos de ser costumbres acomodaticias que roban personalidad a los individuos homologándolos a la masa, con su medición temporal, sucesiva y rítmica, hacen que el tiempo se haga habitable del mismo modo que lo hacen la casa y los objetos con el espacio (cf. BYUNG-CHUL HAN, *La scomparsa dei riti*, Milán 2021); nos enseñan una pertenencia vital y nos arrancan del letal aislamiento.

El término de «rito» indica un conjunto de normas que describen la modalidad en la que se ha de desenvolver una ceremonia, una costumbre o un culto religioso. En un sentido analógico, podemos decir que el rito marca el ritmo, da el tempo y la respiración a la sucesión de acontecimientos singularmente simbólicos que caracterizan una celebración colectiva, compartida y participada. Este cuaderno que tienes en las manos quiere hablarte de un rito, es más, de un conjunto de ritos que vivimos en el «misterio eucarístico» o la misa, si queremos usar un término más sencillo y quizá más conocido para ti.

Según las intenciones de los editores de esta colección, se pretende releer los grandes textos de las constituciones del Concilio Vaticano II para involucrar de manera especial a las jóve-

nes generaciones. Quien escribe es una monja agustina de vida contemplativa que vive en la comunidad del monasterio de los Cuatro Santos Coronados de Roma.

Imagino que tu interés por la lectura esté calando poco a poco: una monja de clausura que habla de la misa, ¿qué puede tener que ver con tu experiencia de joven que —suponemos, si tienes en tus manos este texto— se está interrogando sobre su propia vida de fe y quizá también sobre su propia vocación?

Las páginas que leerás no quieren enseñarte una teoría sobre el misterio eucarístico, no serán una introducción a modo de curso de teología litúrgica, sino que quieren conducirte en un recorrido que pretende ofrecer algunas provocaciones que esperemos que sean capaces de mostrarte que la misa —o la celebración eucarística— toca las cuerdas más íntimas del corazón y nutre la vida en profundidad.

Es verdad que a veces la participación en la eucaristía puede ser una experiencia aburrida, el lenguaje que se habla no es de fácil comprensión, el tiempo transcurre lentamente y las palabras parecen resonar como distantes de las cuestiones y los problemas concretos de nuestra existencia. Y, sin embargo, excavando en el texto, ofreciendo simplemente un poco de confianza a lo que acontece, es posible sentir y experimentar la fuerza y la eficacia de la vida de Jesús mediante la eucaristía.

Te propongo una ruta a través de ocho epígrafes que quieren llevarte de algún modo a los principales momentos del desarrollo de la celebración; pueden ser leídos también a partir de lo que te parezca más interesante o curioso. Son breves reflexiones para darte tiempo a profundizar, dejándote quizá acompañar por un sacerdote, una consagrada o una persona de fe que te pueda ayudar. Repasando los títulos y quizá hojeando las páginas, algunos argumentos te parecerán que no tienen nada que ver con la eucaristía; el reto que quiero asumir contigo es el de mostrar que el misterio eucarístico no se refiere a otro plano distinto del de la vida. Ir a misa, se imagina demasiado a menudo como un paréntesis de vida «espiritual» en medio de la vida cotidiana. Sin embargo, desde el momento en que el Verbo se hizo carne y nos lo dio a conocer, sabemos que la vida del Espíritu fluye continuamente y sin interrupciones en la vida de mujeres y hombres.

Nosotros vamos siempre con prisa, por lo que corremos el riesgo de permanecer en la superficie de las cosas; necesitamos un tiempo para pararnos, hacer juntos una pausa, acercarnos también a la lentitud de la vida, la fecundidad y el crecimiento. Necesitamos regalarnos el tiempo de las relaciones importantes, la amistad, el amor, el perdón. Confío al Señor el precioso tiempo que vas a ofrecer a estas sencillas páginas segura de que él sabrá servirse de ellas junto contigo para regalarte lo que necesitas.

I. LENGUAJE

He perdido las palabras / Las tenía aquí hace un momento / Tenía que decir cosas / Cosas que sabes / Que te debía / Que te debería / He perdido las palabras / Puede ser que lo que haya perdido sean solo mis mentiras / Se han escondido bien / Pero quizá / Sencillamente / No eran mías (L. LIGABUE, Canción «Ho perso le parole» [1998]).

«Es como asistir a la proyección de una película en lengua extranjera incomprensible y sin subtítulos, y para colmo, sin sofá, sino en incómodos bancos de madera [...] y en la sala solo hay adultos que no muestran ningún tipo de interés»: estas son las consideraciones de una chica que quiso compartir con mucha franqueza tras haber participado —por decirlo de algún modo— bajo coacción a la misa de la primera comunión de un primo más pequeño.

Los jóvenes participantes a la reunión presinodal de marzo de 2018 escribieron en el documento final: «Se puede asistir, participar e irse de la misa sin experimentar ningún sentido de comunidad o familia como cuerpo de Cristo» (SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Reunión presinodal* [19/24-3-2018] 7) y en la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* el papa Francisco observa: «En diversos contextos los jóvenes católicos piden propuestas de oración y momentos sacramentales que incluyan su vida cotidiana en una liturgia fresca, auténtica y alegre» (n. 224).

Pero la cuestión no atañe únicamente a los jóvenes: hace ya algunos años causó gran revuelo y algo de hilaridad un cartel pegado por un párroco en la iglesia de San Erasmo, en una de las peque-

ñas islas de la laguna de Venecia: «La misa ha sido cancelada por ausencia de fieles». El Istituto Nazionale di Statistica indica que, en Italia, entre los jóvenes de 20 a 24 años, solo un 13,3% declara ir a misa al menos una vez a la semana, frente al 33,3% que declara que no va nunca; estas informaciones son de antes de la epidemia del covid-19. Podemos imaginar perfectamente que la tendencia producida también en las estadísticas siguientes muestre un aumento en la no asistencia.

Quien escribe no está interesada en los números y estadísticas porque considera que toda la aventura de la Iglesia empezó con doce personas no cualificadas, casi todas demasiado jóvenes, que actuaron en virtud de la llamada de amistad por parte del Señor Jesucristo. Además, los datos aparecen como una fotografía desenfocada y han de redefinirse, integrarse, interpretarse y entenderse dentro de un ambiente multidimensional en el cual solo dos de las coordenadas conciernen las dimensiones del tiempo y el espacio y muchas otras son las variables que hay que considerar. Si se leen de manera no circunstancial, los datos ofrecen solo algunas indicaciones, quizá no banales, pero tampoco exhaustivas.

Mientras la curva estadística progresa, muchos de los términos utilizados por la liturgia y que forman parte de la tradición —como misterio, misa, Salvador, sacrificio, eucaristía, cruz, Iglesia, memorial, resurrección, sacramento, signo, vínculo, convite, gracia, gloria... (cf. SC 47)— no son ya claros; en la mejor de las hipótesis, se perciben como insignificantes y ausentes del vocabulario común y sobre todo juvenil; en la peor, se vuelven ambiguos, alejándose radicalmente del significado original y primitivo. Y a veces se absolutizan y se instrumentalizan. En cualquier caso, no se trata solo de palabras y la cuestión no atañe únicamente a las nuevas generaciones: lo que parece que se ha hecho incomprensible es el conjunto del lenguaje litúrgico, esencialmente simbólico, cuya sintaxis está compuesta por una gramática compleja vinculada con el lugar en el que se celebra, el vestuario de quien participa, los gestos que se realizan y los paramentos, objetos y perfumes que querrían contextualizar y enriquecer nuestras celebraciones: «El hombre moderno es analfabeto, ya no sabe leer los símbolos, apenas conoce de su existencia» (FRANCISCO, *Desiderio desideravi* [29-6-2022] 44).

1. **Incomprensiones**

Si vais un domingo a misa —escribe el padre dominico Timothy Radcliffe, actual maestro de la Orden de los Predicadores, en una publicación reciente— veréis cosas extrañas, distantes de las costumbres de la sociedad laica. Encontraréis personas que desfilan con trajes extraños, quizá alguno también con un gracioso gorro en punta. Los pantalones serán la excepción también para los hombres. Os llamarán la atención determinados gestos de los presentes: inclinaciones, genuflexiones, e incluso postraciones. Las insólitas coreografías de la liturgia fascinan a algunos que entran en éxtasis cuando un cardenal no se resiste a la tentación de ponerse una gran capa (T. RADCLIFFE, *Accendere l'immaginazioni. Essere vivi in Dio*, Verona 2021, 406).

Estas consideraciones de apariencia un poco cáustica y no carente de ironía son, para ser sinceros, la introducción de un profundo capítulo bien articulado que escribe el autor sobre la liturgia y sus significados. En este momento, nos ayudan a volver a encender —como es la intención de esta colección— la curiosidad y el interés sobre todo lo que el Concilio Ecuuménico Vaticano II gustaba definir en su constitución *Sacrosanctum Concilium* (1963) como «cumbre y fuente de la vida cristiana» (SC 10): la celebración del misterio eucarístico.

Es interesante indagar, procediendo por asociación de ideas, en el conocimiento actual de los significados de palabras que nosotros en la Iglesia damos por descontado. Puede resultar un óptimo ejercicio de realidad preguntar hoy a jóvenes y menos jóvenes, creyentes o no, lo que entienden por «misterio eucarístico», qué imágenes y qué emociones se encienden en su mente y aceptar como sinceras las respuestas más variadas.

En este juego, quizá el nombre más asociado a la palabra de «misterio» podría ser Harry Potter, y la emoción más difundida pintada con la gama de tonalidades que varían entre la curiosidad y el temor. Las respuestas podrían atravesar mitos y leyendas, volver a evocar escenarios de fantasía y aventuras como en el ciclo de las leyendas medievales de la búsqueda del santo Grial.

2. Celebración

Para poder hablar todavía de la misa en los términos de «misterio eucarístico» o «celebración eucarística» que, de por sí, es la forma más bella de oración que vive la Iglesia, será útil y necesario rehabilitar sus lenguajes para que se comprendan y sean practicados por todos. En efecto, una lengua que ya no se entiende es una lengua agonizante: si deja de ser practicada, muere, mientras vivos están todavía los que escuchan, hablan, desean entender y siguen siendo para nosotros los destinatarios del lenguaje de la celebración. Se trata, por tanto, de volver a dar significado a las palabras o, mejor, de recordar su significado y restaurarlo: *ri-cor-dare*, «dar-de nuevo-al corazón» el sentido de lo que se vive, conscientes de que los significados evolucionan y crecen junto a quien los comprende y los transmite.

Así, «celebrar» —según cualquier diccionario— significa «alabar», «exaltar», «glorificar» algo o a alguien, «festejar» con ceremonias y siempre se ha referido a actos que tienen un carácter de solemnidad. Eucaristía también es una palabra que tiene su origen en el griego y significa: «reconocimiento, acción de gracias».

Celebrar la eucaristía es celebrar una acción de gracias, una ocasión alegre para dar gracias de modo solemne. Es lo que hizo Jesús en su última cena con los discípulos: «En la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía”» (1 Cor 11,23-25).

3. Misterio

«Misterio» es la palabra más compleja. En el lenguaje común, su significado reenvía a lo que está parcialmente cerrado a la comprensión o las normales posibilidades intuitivas y cognoscitivas del intelecto humano y provoca una reacción de incertidumbre no necesariamente ansiosa y a veces carente de fascinación.

En el lenguaje de la fe —que nace del lenguaje común— se entiende por «misterio» una verdad que, si bien no puede ser totalmente explicada ni entendida, es al mismo tiempo una realidad en la que se puede entrar, puede ser explorada y en la que se puede participar: el misterio puede ser habitado.

Me vienen a la mente los dibujos que me regalaban mis sobrinos cuando eran pequeños: misteriosos desastres coloreados, palabras escritas al revés, títulos improbables... Pero esos dibujos dejaban transparentar todo de ellos: su forma de mirar la realidad, su pasión, sus emociones y su amor por mí. Los recibía y conservaba como tesoros, los alababa y aplaudía como una maravillosa expresión de profundísimo cariño, esas pequeñas obras de arte no serán nunca expuestas en un museo de arte (¡todos lo merecerían!); pero contienen no solo el misterio inexplicable de la vida de quienes los pintaron, sino también la misma relación que se manifiesta en el ser dados; en esos folios de papel no se expresa solo el don y el donante, sino también la preciosidad de quien lo recibe y es este entramado el que los hace importantes.

Por lo tanto, el «misterio» eucarístico —la eucaristía como cuerpo y sangre del Señor y la celebración de la misa— se nos presenta como una puerta que nos permite en la fe entrar en los gestos de Jesús, en su oración, sus sentimientos; nos permite habitar la vida de Dios, la comunión de la Trinidad; nos permite participar «misteriosamente» a su don acogiéndolo simplemente de sus manos, sin poder poner las nuestras que lo reducirían a algo menor de lo que es: el mismo Jesús.

II. BUENOS Y MALOS

He probado a vivir contigo / Y he descubierto que es perfecto / Si te miro a los ojos / Sin fingir nada / Sin cambiar nada / Así estoy ahora aquí / Pero tú sabes que no es un regreso / Porque siempre somos nosotros / El primer día cada vez (M. MENGONI, Canción «Onde» [2017]).

Durante la recreación de la tarde, sobre todo en invierno, tenemos la costumbre de jugar en la comunidad. Y se sabe que el

juego revela buena parte de nuestro modo de ser y participar en la vida. Una tarde, jugando al famoso «nombre, apellido, cosa, ciudad...», una joven, que había entrado hacía poco en el monasterio, estaba sentada al lado de una hermana un poco más mayor. A cada ronda, la postulante apuntaba con cuidado en el margen de la hoja los puntos acumulados mientras, quizá por pereza, la monja más mayor no lo hacía. El hecho debió de molestar a la joven porque le preguntó: «¿Pero no cuentas los puntos?». Y ella, con una sencillez impactante, le respondió: «¡Ya lo he ganado todo!». Evidentemente, la monja mayor no se refería al pasatiempo en cuestión, sino a la vida. Este apunte es para nosotros interesante.

1. Competición

Desde el principio de su narración, la Escritura pone de manifiesto una característica que parece que hunde sus raíces en las cuerdas del ánimo humano: desde que Adán y Eva se ponen a litigar con Dios, desde que Caín y Abel manifiestan en escena la primera lucha entre hermanos, también nosotros nos movemos por competición y rivalidad, convencidos que nada se nos dará gratuitamente. Es cierto que a menudo pensamos que todo se tiene que merecer y conquistar en detrimento de los demás.

No es difícil crecer bajo la estela de la competición en el peor sentido del término si nos ponemos bajo una mirada de juicio, si nos vemos observados continuamente. El cuerpo, el estilo de vida, las relaciones, la manera de vestir... todo en nosotros es sometido a un juicio implacable —a menudo sumario e injusto— del cual resulta difícil sustraerse.

De este modo, nos agotamos creyendo que la vida puede darnos también regalos, cosas que no nos merecemos y de los cuales podemos disfrutar, que no hemos conseguido como premio por un concurso, que no hemos pagado nosotros —quizá lo ha hecho alguien que nos ha precedido— pero que pueblan y enriquecen nuestra existencia.

Estar forzados a competir siempre tiene un precio muy alto que paga sobre todo quien no sabe que es amado, quien no se siente amado por nadie. Induce a creer que la propia vida solo

vale en relación con la aprobación de los demás y que la propia identidad se funda únicamente sobre el juicio de los demás.

El querer conquistar estima y aprecio demostrándose a sí mismo y a los demás que, por ejemplo, se es valiente y desenvuelto en condiciones de grave peligro, encuentra en la actualidad una amplísima difusión en especial entre los niños y los adolescentes y se alimenta por el gran altavoz de las redes sociales. Los llamados *challenge*, los retos en línea, llenan las redes y pretenden prometer y producir una popularidad y visibilidad que no son comparables con la vida real. De este modo, jóvenes y jovencísimos se filman o se dejan grabar mientras se someten a pruebas extremas de improbable éxito. Resistir a una improvisada ducha de agua helada —el *Ice Bucket Challenge* iniciado en 2014— puede parecer incluso divertido; pero la desgraciadamente famosa *Blue Whale* —un reto de cincuenta días de pruebas dolorosas con autolesiones que han llevado a algunos hasta el suicidio— es solo una de las trágicas evidencias de esa antigua vorágine que sigue deglutiendo la vida: la necesidad de demostrar la propia existencia, la propia valía, el ser mejor que los demás, el gustar para merecer ser amado.

2. Don

En cambio, en el Cantar de los Cantares resuena con suavidad y, al mismo tiempo, con gran asertividad, la expresión colocada en los labios del cantor sagrado: «Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa, sería sumamente despreciable» (Cant 8,7). Esto es así porque el amor no se compra, no se puede adquirir, no se mercadea, por definición es gratuito, es don, prescinde de méritos, riquezas, pobreza, conquistas y pérdidas de lo que eres y de lo maravilloso que eres. El amor no se merece: se recibe y se da con sencillez, desinteresadamente.

Para el Evangelio, a diferencia de todo lo que solemos pensar, el mundo no está dividido en buenos y malos, en capaces e incapaces, en valientes y pusilánimes, sino que está habitado por hijos de Dios, por hermanos y hermanas, invitados todos a participar de la alegría del Señor (cf. Mt 25,23): «El mundo —ha enseñado recientemente el papa Francisco— todavía no lo sabe, pero todos

están invitados al banquete de bodas del Cordero (Ap 19,9). Nadie se ganó el puesto en esa Cena, todos fueron invitados, o, mejor dicho, atraídos por el deseo ardiente que Jesús tiene de comer esa Pascua con ellos» (cf. FRANCISCO, *Desiderio desideravi*, 4-5).

Así, entrar en una iglesia para participar en la celebración de la eucaristía es para todos: la entrada es libre, no está reservada a los «sin pecado», a los puros, a quienes son dignos o creen serlo engañándose a sí mismos. La celebración de la misa es abierta: hay allí una comunidad que se reúne y escucha junta la Palabra de Dios, que reza e intercede preocupándose por todas las necesidades de la Iglesia para presentarlas al Señor.

Hay espacio en la celebración para la reconciliación entre hermanos, hay un tiempo para pedir perdón y un tiempo para perdonarse recíprocamente, para rezar juntos en el padrenuestro, la oración que el Señor nos ha enseñado; y somos invitados a la comunión: a compartir el único cuerpo de Cristo. Todos nosotros «nacemos de un acto de amor, vivimos para amar y ser amados» (venerable Chiara Corbella) y la Iglesia celebra en la eucaristía el amor de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es para todos y para cada uno. Cada palabra, cada oración, cada intención expresada durante la liturgia eucarística son signo y eco de este amor y quieren preparar nuestra mirada a la contemplación de ese acto de amor que nos ha hecho nacer y nos hace renacer cada día: la pasión, muerte y resurrección de Jesús por nosotros. La celebración eucarística es «sencillamente» eso, «sencilla», que no significa banal, sino esencial.

III. HAMBRE

¿Qué quiere decir exactamente vivir, morir, / crecer y cambiar? / Siempre tengo hambre / Me lo dices casi siempre / Pienso demasiado, no puedo evitarlo / ¿Qué es concretamente la vida, la muerte, / el tiempo y la felicidad? / Siempre tengo hambre / Hambre es el miedo al futuro / Hambre es cuando ya no estás seguro, / Hambre es la voluntad de sentirme vivo / Hambre es la sorpresa de que todo va mejor / Siempre tengo hambre / Yo siempre tengo hambre / Si, siempre tengo hambre (STREET CLERKS, Canción «Ho fame» [2019]).

Ya han transcurrido varios años desde que un millón de jóvenes participantes de la Jornada Mundial de la Juventud en el año jubilar de 2000 escucharon de la trémula pero potente voz de Juan Pablo II unas palabras de extraordinaria luz y belleza:

En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es él la belleza que tanto os atrae; es él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna (JUAN PABLO II, *Vigilia de oración con ocasión de la XV Jornada Mundial de la Juventud* [19-8-2000]).

Estas palabras tan importantes, confirmadas por la convicción y la firmeza de un hombre ya debilitado por la edad y con una salud frágil, tienen el gusto de la autenticidad y siguen revelándonos todavía lo que nos habita de verdad y profundamente: el deseo de felicidad, de plenitud.

1. **Deseos**

La propia vida pide fecundidad, abre al futuro, impulsa a invertir cada día energías y recursos para llevar belleza y bondad. También dan testimonio de ello las filas de personas, más o menos adultas que se forman de madrugada a la entrada de tiendas que prometen la venta del último modelo de zapatos o de móvil de última generación: nuestros deseos son capaces de movernos, de realizar cosas impensables, nuestra hambre nos atrae hacia lo que ansiamos y por lo que estamos dispuestos a gastar energías, tiempo y dinero para saciarnos. O al menos así lo creemos.

Porque a menudo, esa hambre que imaginamos saciar continúa; ese objeto que estamos convencidos de que es capaz de

satisfacernos no tiene ese poder y resulta efímero casi de inmediato, poco nutritivo, si acaso capaz de ampliar todavía más nuestra frustración. No nos cuesta reconocerlo como un ídolo, pero aprendemos que, como todos los ídolos, promete lo que no mantiene. ¿Cómo es posible? Siempre nos ha sorprendido la pregunta planteada por el profeta Isaías: «¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?» (Is 55,2).

No es tan sencillo entrar en contacto con los deseos auténticos del corazón; sobre todo, es difícil saber lo que queremos, lo que queremos de verdad, y actuar en consecuencia, movernos en la mejor dirección para conseguirlo. También podrá parecer extraño, pero lo que sacia nuestra vida —nos enseña san Juan Pablo II— «¡es Jesús!». «La felicidad que buscáis —insiste Benedicto XVI a los jóvenes reunidos en Colonia para la Jornada Mundial de la Juventud—, la felicidad que tenéis derecho de saborear, tiene un nombre, un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la eucaristía. Solo él da plenitud de vida a la humanidad» (BENEDICTO XVI, *Discurso en la fiesta de acogida en el embarcadero del Poller Rheinwiesen (Colonia)* [18-8-2005]).

El verdadero animador de nuestros pensamientos de bien —fecundos y portadores de vida— es el Señor, él es la fuente, el camino y la meta de nuestros deseos (cf. Jn 14,5). Es a él a quien buscamos, aunque a veces sea inconscientemente, en cada íntimo movimiento del corazón: también en el pecado, de manera paradójica, buscamos la felicidad, si bien en el lugar equivocado como un tiro de flecha que no da en el blanco. Lo enseña muy bien san Agustín con la búsqueda de la verdad en su vida: «Al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz. Haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti» (AGUSTÍN, *Confesiones* X, 20, 29). El *Catecismo de la Iglesia Católica* también nos regala esta hermosa enseñanza: «El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y solo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar» (n. 27).

Pero nosotros, ¿podemos creerlo? Y si fuese verdad, ¿qué camino habría que recorrer? ¿Dónde ir para saciar ese deseo tan radical que está en nosotros? Abrahán, Moisés, David... María,

José... Pedro, Pablo, Agustín, Francisco, Teresa de Calcuta, Juan Pablo II, Chiara Corbella, Carlo Acutis... ¿dónde encontraron a ese Dios que cambió sus vidas y que, junto con ellos, pudo transformar no solo su vida, sino también la historia? ¿Dónde si no en esa misma vida y en esa misma realidad, en su cotidianidad más banal, en la cual si dejaron molestar por Alguien que después reconocieron y llamaron por su nombre: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28)?

2. **Banquete**

Para nosotros, cada celebración eucarística es una ocasión para reanudar esta relación con el Señor, que se desarrolla totalmente en la realidad, manifestando el verdadero sentido de la encarnación: Dios ha elegido esta carne, ha vivido en la historia, vive y actúa en la historia, y hoy viene a hablar conmigo. Cada vez que participamos en la santa misa se nos ayuda a dar un nombre a nuestra hambre para verla por fin reconocida y escuchada: tenemos hambre de palabras buenas, de sentido y significado, de vida eterna. Estamos hambrientos, deseosos de relaciones auténticas y vitales, de alguien que se preocupe de verdad por nosotros, de alguien que esté pendiente de nosotros.

Esto hace Jesús, que viene a nuestro encuentro con dulzura, en la asombrosa fragilidad de una hostia. Esto hace Jesús, que es pan partido para romper las corazas de nuestro egoísmo. Esto hace Jesús, que se da a sí mismo para indicarnos que solo abriéndonos nos liberamos de los bloqueos interiores, de la parálisis del corazón. El Señor, que se nos ofrece en la sencillez del pan, nos invita también a no malgastar nuestras vidas buscando mil cosas inútiles que crean dependencia y dejan vacío nuestro interior. La eucaristía quita en nosotros el hambre por las cosas y enciende el deseo de servir (FRANCISCO, *Homilía de la solemnidad del Corpus Christi* [14-6-2020]).

La santa misa se asemeja a un banquete al que hemos sido invitados, llamada por ese motivo «convite»: una «mesa» a la que podemos acercarnos precisamente porque estamos necesi-

tados de buena comida. Está preparada la mesa de la Palabra para saciar nuestra necesidad de ser guiados y acompañados en el camino de la vida; está lista la mesa del cuerpo del Señor para saciar el deseo más íntimo de entrar en comunión con él, de formar en él un solo cuerpo con todos los que comen del único pan partido (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1329). Pero atención con no olvidar que «antes de nuestra respuesta a su invitación —mucho antes— está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que él tiene de nosotros» (FRANCISCO, *Desiderio desideravi*, 6). El Señor está ahí esperando, ¡en cada celebración se manifiesta el encuentro de dos deseos!

IV. SEMILLA

Este relato comienza contigo / Contigo sentada entre mis palabras / Hay un puesto que tengo escondido para ti / Un puesto que está aquí desde siempre / Ya estaba antes de mí y aún está / Se abre ahora para nosotros eternamente (FRANCESCO GABBANI, Canción «Eternamente ora» [2016]).

Cuando era niña, recuerdo particularmente un momento concreto de la misa, poco después del inicio, cuando se nos hacía sentarnos y alguno se iba a leer. Sentada, podía relajarme y dejarme llevar por mis pensamientos durante un tiempo más o menos largo, dependiendo de la duración de las lecturas que a menudo no me apasionaban ni tampoco entendía a causa de todos esos nombres desconocidos y esas frases difíciles... Además, me habían enseñado que en ese momento había de callarse —¡había que hacerlo durante todo el tiempo de la misa!— y hoy pienso que, con toda probabilidad, si ya se hubieran inventado los *smartphones* en los tiempos de mi infancia, habría estado mirándolo con frecuencia en esos momentos que me resultaban tan aburridos.

Pero todo cambiaba cuando el sacerdote se levantaba para leer el Evangelio junto con la asamblea que lo escuchaba. Eso

me gustaba, sus relatos eran interesantes, fascinantes, a veces extraños y provocadores, pero me parecían llenos de autoridad y sencillos al mismo tiempo, lo que hacían que merecieran toda mi confianza.

La historia de Jesús me fascinaba, me llamaba la atención. Imaginaba con facilidad las situaciones narradas, las escenas descritas por Jesús en las parábolas que inventaba, los personajes implicados y los lugares, los paisajes de esos lugares tan lejanos y, sin embargo, tan cercanos. Me gustaba muchísimo la lectura del Evangelio del Domingo de Ramos. Era largo, proclamado por varios lectores con mucha solemnidad y entendía que ese domingo era distinto a los demás; sentía que el Evangelio me llegaba como un relato vivo, lleno de emociones, dramas, golpes de efecto. Pero todavía no era capaz de ir hasta el fondo ni de excavar a través de la Escritura para escuchar la Palabra.

Una tarde, un compañero de la escuela, sabiendo que iba a la parroquia, me dijo irónicamente: «¿Vas a la iglesia, y crees de verdad que todos hemos nacido de Adán y Eva?». Esa pregunta, todavía la recuerdo perfectamente, me puso en crisis.

¿Por qué se lee la Biblia durante la misa? ¿Relatan las Escrituras hechos históricos? Porque, después de haber escuchado las lecturas, respondemos: «Damos gracias a Dios». Si no creemos en sus relatos, ¿sospechamos que lo leído es falso? Sí, mi compañero tenía razón y su razón es verdadera: leer y escuchar la Palabra de Dios debe impactar con nuestra existencia concreta. Si Dios habla a través de ella, debe necesariamente tener algo que decir no solo y no tanto sobre la humanidad en general, sino sobre mí, sobre mi vida, sobre la presente historia —no solo sobre la pasada— y sobre el futuro. Y, sobre todo, debe decir la verdad, lo que vale para la vida.

Nuestra forma de pensamiento occidental nos hace creer a menudo que una historia sea verdadera solo si es relatada en el lenguaje de la crónica, que una realidad sea verdadera solo si es medible y repetible. Lo demás, pensamos, debe ser catalogado entre las fábulas y los cuentos de fantasía que sostenemos que no tienen nada que ver con la realidad de las cosas. Esta convicción corre el riesgo de impedir prestar credibilidad al narrador bíblico y de entrar en contacto con la sabiduría del relato.

El texto que la Iglesia nos entrega es una obra compleja que se formó en poco menos de un milenio y está compuesto por setenta y tres libros —cuarenta y seis del Antiguo Testamento y veintisiete del Nuevo— que constan de más de 31 000 versículos, más de 700 000 palabras y que, aun así, se puede considerar como un único libro.

1. Tejido

Leyendo y escuchando las Escrituras, descubrimos muchos hilos que tejen una trama a través de milenios, en culturas diferentes, en tiempos históricos y lugares geográficos distintos, pero que a través de los textos cuentan la historia de Dios con los hombres. «Texto» viene de «tejer, tejido, trenzado»: a través de estos textos podemos descubrir el trenzado entre la vida de Dios y la vida de los hombres. Por lo tanto, la Biblia puede ser reconocida también como la historia de una relación de un pueblo con su Dios, una historia narrada de mil modos distintos, ya sea mediante la crónica o también por medio de poesías, cantos, lamentos, parábolas y semejanzas.

Durante la celebración eucarística escuchamos por tanto relatos, experiencias, hechos, historias de vidas que se han entretejido con Dios. Por este motivo, la Escritura ha de leerse junto con nuestra vida, tiene que hablar a nuestra vida porque viene de una vida a la que ha hablado Dios. La Biblia no explica una teoría sobre Dios, no es un discurso edificador, no viene de arriba, sino de abajo, de la tierra, de la carne y la sangre, del sudor, el cansancio, la lucha, las contradicciones de la historia, las heridas, las alegrías y las metas alcanzadas, la pasión de generar, la vida. Sencillamente, de quien ha encontrado a Dios.

Lo enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* cuando nos recuerda que «la fe cristiana no es una “religión del Libro”. El cristianismo es la religión de la “Palabra” de Dios, “no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo”. [...] En la Sagrada Escritura, Dios habla al hombre a la manera de los hombres. En la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos;

de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y solo lo que Dios quería» (cf. nn. 106-109).

2. **Tierra**

No es nada extraño: Dios ha hecho así siempre. Cogió polvo, creó al hombre y en ese barro sopló su espíritu dándole la vida. Y de la misma manera, el Espíritu descendió en el corazón de los autores de las Escrituras para que escribieran lo que fuera útil para nuestra salvación. Solo podía ser así; ¡Dios nunca anula nuestra carne, ni prescinde de nuestra humanidad! La Palabra de Dios viene de abajo porque el sueño de Dios atañe desde siempre a la tierra, la historia, cada persona y porque él mismo decidió hacerse hombre en la plenitud de los tiempos. Por eso, cuando leemos la Escritura, podemos sentirla vibrar en nosotros y por eso es tan importante proclamarla y escucharla en la celebración de la misa: Dios contó de sí mismo a Moisés, a los profetas, a los evangelistas... podemos aprender su lenguaje, podemos conocerlo, podemos entretenernos con él como con un amigo (cf. DV 2) con el cual alegrarse, reñir, llorar, reír, sufrir, soñar, luchar, amar.

Cuando Jesús habla de la Palabra de Dios, la describe como una semilla: «Escuchad: Salió el sembrador a sembrar; El sembrador siembra la Palabra» (Mc 4,3.14), como una semilla echada en la tierra de nuestra vida que para dar fruto debe ahondar en lo íntimo de nuestro corazón, en lo profundo de nuestra persona.

Antiguamente, la semilla era echada en la tierra y solo después la revolvía el arado tirado por bueyes y, en su trabajo, eran los mismos animales los que pisoteaban y enterraban con sus patas la semilla. La obra de Dios también es así: siembra en la tierra de nuestra vida y la trabaja con los hechos de la historia para hacer profundizar la semilla, para permitirle pudrirse, transformarse, generar otra vida. Evidentemente, cada buen labrador se preocupa de su siembra y creemos que, si dejamos hacer a Dios su trabajo de sembrador, será él mismo, con su espíritu el que se

preocupe de que esta semilla traiga fruto junto con nuestra paciencia, cuidado y muchas veces cansancio.

Pero el secreto es fiarse de la semilla, dar crédito a la Palabra de Dios, escucharla, acogerla en el campo de su propia vida, también cuando no se comprenda hasta el fondo, dejarla actuar y descender en profundidad para que allí pueda madurar.

V. TRAICIÓN

Y tal vez nos perdimos en la traducción / Tal vez pedí demasiado / Pero tal vez esto fue una obra maestra / Hasta que lo rompiste todo / Corriendo asustado, yo estaba allí / Lo recuerdo demasiado bien / Y me llamas de nuevo (TAYLOR SWIFT, Canción «All too well» [2012]).

«Sobre todas las demás, mal creada plebe / que ocupas el sitio del que es duro hablar, / mejor hubieran sido aquí cabras u ovejas» (DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, XXXII). En su viaje, acompañado por Virgilio, Dante encuentra y reconoce —en el último círculo del Infierno, en el punto más bajo y terrible— a quienes han sido «el fraude, que se puede hacer a quien de uno se fía»: los traidores. Su pena es quedarse atrapados en un lago de hielo en cuyo centro está Lucifer inmerso hasta la cintura que devora con sus tres cabezas a tres excelentes traidores: Bruto, Casio y Judas Iscariote. Para la conocida ley del tali3n, el hielo que les condena es el mismo hielo —opuesto al fuego del amor de la caridad— que rein3 en su coraz3n en el acto de traici3n.

«Traicionar» encuentra su ra3z en el verbo latino de *tradere*, compuesto por *tra-* como «fuera» y *dare*, con el significado de «entregar» —m3s precisamente «entregar al enemigo»— y en su sentido extenso de «faltar a la fidelidad». En t3rminos an3logos, traicionar tiene que ver con la delaci3n, la renuncia, la abjuraci3n, pero tambi3n el adulterio, la mentira y a menudo la envidia, el enga3o y el fraude.

En las relaciones amorosas, las amistades y en cualquier afecto, la traici3n marca un punto de no retorno; hace de divisi3n entre un «antes» y un «despu3s», entre lo que era y ya no es o que, de todos modos, ser3 dif3cil restaurar.

Mientras se esconde, a veces incluso solo en los pensamientos del corazón, la traición se alimenta de mentiras y de hipocresía, pero cuando sale a la luz, enciende el dolor y hace vibrar los registros más oscuros de la rabia, la frustración, la amargura, la desilusión y el desprecio; provoca distancia y pone en movimiento una crisis, literalmente un «proceso de juicio» que la mayoría de las veces resulta implacable ante los traidores.

1. Transformación

Hay un momento en la misa en el que «todo cambia» y el pan ya no es pan, se convierte en cuerpo del Señor Jesucristo, el vino se convierte en su sangre; es el momento de la oración de consagración dentro de la oración eucarística. Pues bien, ese momento inicia con estas palabras: «En la noche en que iba a ser entregado...» (*Misal Romano*, Plegaria eucarística III; cf. 1 Cor 11,23). No la noche anterior, ni una tarde cualquiera, ni siquiera de día o en un momento cualquiera, sino precisamente en esa noche terrible y oscura, cuando el amigo traicionaba al amigo (cf. Jn 13,21-30) hasta entregarlo a las manos de los enemigos para aniquilarlo, matarlo, callarlo para siempre. En esa hora de desgracia y amargura, el Señor, el traicionado, el entregado, ¿qué hace? Ama, se da, inventa un modo para permanecer siempre: ¡la eucaristía!

En el monasterio donde vivo hay un cuadro muy grande, un óleo sobre tela —a decir verdad, no me veo capaz de definirlo como obra maestra— colgado junto una puerta desde la que las monjas tenemos la costumbre de pasar para entrar en nuestras celdas después de la oración de completas; puedo decir que es la última imagen que veo antes de ir a dormir. En los primeros años en los que viví en el monasterio y durante mucho tiempo, me molestó no solo por su crudeza, sino también porque no entendía su significado. Se trata de una representación tremendamente dramática en la que Jesús está pintado acostado sobre un lagar, como una enorme prensa. Más lejos hay dos ángeles con la intención de accionar el mecanismo para pisar el cuerpo de Jesús. La sangre que manaba de ahí es recogida más abajo en un gran cáliz. Los colores son oscuros a propósito y comunican

gran melancolía, los rostros son tristes, llenos de lágrimas. Con algunos años de retraso he descubierto que se trata del llamado *Torculus Christi* o «Lagar místico», una de las imágenes más vívidas que ha desarrollado el arte figurativo devocional a partir de la Baja Edad Media y, sobre todo, en el siglo XIV y XVII. El impacto de esta imagen no es menos fuerte que el de la crucifixión y, a pesar de no tener de por sí ninguna referencia en la narración evangélica, tiene a mi parecer todavía hoy un fuerte alcance simbólico y mistagógico para acceder al misterio de Cristo y también al misterio de nuestra vida. El relato que esta imagen entreabre a quien la observa o, mejor, a quien no huye de esta imagen y se deja mirar, plantea una seria pregunta: ¿qué sucede cuando somos pisados, prensados por lo que vivimos? Cuando somos aplastados por la «cruz» o las «cruces» de la vida, ¿qué se saca de nosotros: buen vino que da vida o veneno que la quita?

2. Jesús

Solo Jesús es el fruto que, prensado en el lagar, exprimido por la traición de los amigos, pisado por la voluntad benéfica de vencer al verdadero enemigo —el mal—, produce dulzura y amor. De este fruto exclama san Agustín: «El primer racimo pisado en el lagar es Cristo. Al ser exprimido en la pasión aquel racimo, de él manó el zumo, del que se dijo: ¡Qué excelente el cáliz embriagador!» (cf. AGUSTÍN, *In Ps.* 55).

Por lo tanto, Jesús, en la noche en que fue traicionado, da lo mejor de sí mismo, da todo de sí mismo, su cuerpo y ofrece su vida por sí mismo, nadie se la quita (cf. Jn 10,17-18). El traidor parece que casi no tiene la culpa: Jesús se deja traicionar, entregar (Jn 18,8). Cada domingo, cada vez que se celebra la eucaristía, la liturgia nos lleva a esa noche, nos lleva donde, quizá no querríamos ir, en esa oscuridad que se ha revelado verdadera tiniebla de la que se ha vuelto a encender la luz verdadera. Y nosotros asistimos silenciosos y llenos de agradecimiento a la transformación que Jesús mismo ha obrado y sigue obrando, al admirable cambio de un pecado en un don, de un dolor en una oportunidad, de un acto de odio y enemistad en un acto de amor.

VI. TATUAJES

Es eterna la carretera que lleva a ti en estos discursos
nuestros / El abrazo de un hijo al padre por todos sus es-
fuerzos / Es eterna la vida si consigues entenderla / No
te pido amarla, sino conseguir sentirla / Es eterno un
muchacho que sueña con los ojos llorosos / Tu voz
por la mañana que anula las pesadillas y los años pa-
sados / Es eterno todo lo que tú consigues darle un sen-
tido / En el fondo, la eternidad para mí eres tú (FABRIZIO
MORO, Canción «L'eternità» [2018]).

«If you fall, get up stronger» (Si caes, levántate más fuerte): es el primer tatuaje que mi sobrina, superada la mayoría de edad, quiso imprimir en su piel para siempre. A este siguieron otros relacionados con acontecimientos importantes de su vida, que quiso fijar en la memoria y en su cuerpo también como indelebles.

La palabra «tatuaje» proviene del polinesio *tattaw*, que significa «incidir», «decorar». Es un fenómeno intergeneracional con diversos significados culturales colectivos y también muy personales. El tatuarse en la piel las «cosas» importantes de la vida es una práctica que dura desde hace milenios y que atraviesa todas las culturas del planeta en tiempos diversos. Los tatuajes más antiguos del mundo se han encontrado en el cuerpo de dos momias egipcias, una de una mujer y otra de un hombre, que vivieron hace más de 5 000 años.

El estudio sobre el tema es amplio e interesante y, aunque parezca extraño, algo de esta reflexión puede ayudarnos a entender el misterio de la eucaristía. Todavía recuerdo esos chicles que el charcutero nos regalaba cuando éramos pequeños: estaban envueltos en un papel muy fino que, cuando se mojaba y se ponía sobre la piel, transfería una imagen coloreada que, a nuestro pesar, se borraba poco después, era solo temporal. Nos parecía imitar a los piratas de los cuentos o de los pocos adultos transgresores que entonces se podían encontrar con dibujos en los brazos o en la espalda; traicionaba nuestra necesidad infantil de hacernos remarcar; era divertido, pero no duraba.

Ahora el tatuaje se ha hecho serio, simbólico, casi necesario por decirlo de algún modo, según la moda imperante, algo de sí

mismo. Si bien también las técnicas para deshacer tatuajes que se hacen indeseables con el tiempo están mejorando cada vez más, el carácter permanente del dibujo o del eslogan impreso en la piel es lo que más fascina del tatuaje.

1. Para siempre

Ese «para siempre» que algunos retóricos de nuestro tiempo declaran muerto —esa estabilidad que parece que se ha puesto al margen de nuestro sentir compartido— se revela ser en realidad una necesidad esperada, profunda e identitaria de cada persona. En el fondo, todos deseamos un «para siempre», algo o, mejor, a alguien que sea permanente, definitivo, incancelable, que nos acompañe toda la vida, a alguien a quien dar definitivamente nuestra vida.

Si nace una amistad, imaginamos que será para siempre; si es un amor, lo queremos para siempre e intentamos decirlo de todos los modos posibles, incluso hasta hacernos tatuar en el cuerpo el nombre o las iniciales del amado, de la amada, como para decir los inseparables que son los elementos, la entrega de al menos un trozo de nosotros mismos —algún centímetro cuadrado de piel— a quien se ama más.

Igualmente significativo en términos de duradero y estable, al menos en el deseo, es el candado que las parejas de adolescentes y de otras menos jóvenes, cierran en las barandillas de las orillas de los ríos de todas las ciudades, echando la llave al agua para decir: «¡Nada nos separará!». Es un gesto romántico y seguramente sincero. Quizá luego no corresponderá a la verdad que la vida irá revelando a los dos enamorados, pero muestra de verdad los rasgos del deseo más auténtico de ese «permanecer» que es sinónimo de amar. Y Jesús permanece. Ha elegido permanecer porque ama. Para siempre, «todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

Nuestro tiempo sufre gravemente de una insana inestabilidad. Ha sido definido como «sísmico», un tiempo donde todo se derrumba a causa de los movimientos que lo sacuden y que impiden —en especial a los jóvenes, pero no solo a ellos—

que exista algo o alguien de quien fiarse, alguien que esté y acompañe fielmente en el camino de la vida.

Incluso pensando solo en acontecimientos recientes (la pandemia, las guerras, la crisis climática y energética, la inestabilidad económica global, las repetidas situaciones críticas de los sistemas democráticos), nos damos cuenta de manera plástica del hecho de que el equilibrio dinámico —causado por el pasar del tiempo y la progresiva evolución cultural de la humanidad— al que nos habíamos acostumbrado, al menos en Occidente, se ha interrumpido provocando desconcierto y desconfianza. Las patologías como los trastornos de ansiedad y de conducta alimentaria o la depresión llenan las consultas médicas con hombres y mujeres de todas las edades. Las redes sociales se han inundado de la presencia de personas, más o menos competentes que ofrecen a cualquiera consejos de todo tipo, desde trucos de cocina hasta consejos de moda, desde prácticas de relajación hasta de esoterismo. Según el Osservatorio Antiplagio, cerca de trece millones de italianos consultan más de 150 000 magos y, en Italia, se estima que el negocio de curanderos, brujos y hechiceros, a los que el papa Francisco define como «delincuentes y contrabandistas de la verdad» (FRANCISCO, *Homilía en la misa en Santa Marta* [18-4-2016]), gira en torno a los 4 500 millones de euros.

2. Permanecer

Pero los datos solo son un síntoma, un indicio de algo que se está manifestando y que revela un hastío más profundo: todos estamos a la búsqueda de alguien en quien poder confiar, digno de ser creído, alguien que sea digno de atención y al que realmente valga la pena prestar atención. El Evangelio nos hace conocer la fiabilidad y la credibilidad del rostro de Dios en su Hijo Jesús, capaz de amar primero y de permanecer en el amor sin abandonar, traicionar ni perder a ninguno de los suyos, ¡nosotros!

Dios había prometido a Abrahán, Jacob, Moisés, los profetas... a su pueblo: «¡Estaré contigo!» (cf. Ex 3,12) y, manteniendo su Palabra al enviar a su Hijo, hace decir a su ángel: «Le pon-

drán por nombre Enmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”» (Mt 1,23). Y, como si no bastara con la encarnación, sino que se tuviera que llegar a su culmen, el Señor «quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él» (FRANCISCO, *Laudato si'*, 236), realmente presente en la eucaristía. Esta presencia estable, madura y fiable se nos es dada en el «misterio eucarístico», teniendo presente todo lo dicho sobre la imposibilidad de capturar con nuestra inteligencia racional todo lo que expresa este misterio de presencia.

Pero no nos desanimemos:

Cuántos teólogos lo saben todo sobre dicho misterio, pero no conocen la presencia real. Porque, en sentido bíblico, uno «conoce» algo solo si lo experimenta. Conoce verdaderamente el fuego solo quien, al menos una vez, ha sido alcanzado por una llama y ha tenido que echarse atrás rápidamente para no quemarse. San Gregorio de Nisa nos dejó una expresión estupenda para indicar este nivel más alto de fe; habla de «un sentimiento de presencia» que se tiene cuando alguien es atrapado por la presencia de Dios y tiene una cierta percepción (no solo una idea) de que él está presente. No se trata de una percepción natural; es fruto de una gracia que opera como una ruptura de nivel, un salto de calidad. Hay una analogía muy importante con lo que ocurría cuando, después de la resurrección, Jesús se dejaba reconocer por alguien. Era algo imprevisto que, de repente, cambiaba por completo el estado de una persona. Pocos días después de la resurrección, los apóstoles están pescando en el lago y aparece un hombre en la orilla. Se entabla un diálogo a distancia: «¿Tenéis algo de comer?», responden: «¡No!». Pero, de pronto, salta una chispa en el corazón de Juan y lanza un grito: «¡Es el Señor!», y entonces todo cambia y corren hacia la orilla. Lo mismo sucede, aunque de modo más sereno, con los discípulos de Emaús; Jesús caminaba con ellos, «pero sus ojos eran incapaces de reconocerlo»; finalmente, en el gesto de partir el pan «se les abrieron los ojos y lo reconocieron». Algo parecido tiene lugar el día en que un cristiano, después de haber recibido tantas y tantas veces a Jesús en la eucaristía, finalmente, por un don de la gracia, lo «reconoce». De la fe y del «sentimiento» de la presencia real, debe florecer espontáneamente la reverencia y, más aún, la ternura hacia Jesús sacramentado. Es

este un sentimiento tan delicado y personal que solo con hablar de él se corre el riesgo de estropearlo (RANIERO CANTALAMESSA, *Quarta predica di Quaresima*, 2022).

Precisamente por esto el sacerdote, después de haber invocado al Espíritu Santo y haber pronunciado las palabras de la consagración, exclama: «¡Este es el misterio de la fe!».

Celebrar la eucaristía es recordar, dar gracias, apreciar este misterio de amor que nos es dado; celebrarlo cada domingo o quizá a diario, es alcanzar de ello nuevas energías para poder aprender también nosotros a amar así cada día de nuestra vida.

VII. PAN

Tú, tú llevas la vida / hacia una respuesta / Solo llevándola hacia / sí misma e incluso / Tú, tú llevas un hermoso cuadro / a ser una obra maestra / Y la roca del campo / a convertirse en oro / Solo porque, / simplemente porque la llevas tú (ULTIMO, Canción «7+3» [2021]).

«Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada» (Lc 2,1-7).

Todo empezó en Belén: María pone al niño Jesús en un pesebre, en el puesto donde los animales encuentran su comida y se acercan para comer. Belén, en judío *beit-lehem*, es literalmente «casa del pan».

Acaba de nacer y este pequeño ya sabe de pan, es Navidad y ya entrevemos la Pascua. Quizá sin ser plenamente consciente, María realiza un gesto profético y el relato de Lucas abre nuestra

mirada sobre la eucaristía. Desde el inicio, desde allí, desde esa cuna improvisada, todo adquiere sentido; el pan vivo descendió del cielo a la casa del pan y se hizo visible a los ojos de la madre, de José, de los pastores y los magos. Luego, ese pan bueno empezó a partirse por los caminos de Galilea y Judea como Palabra perfumada que nutre a lo largo del camino, palabra de verdad —como también hemos visto— sobre la que edificar su propia existencia. Y en esa sala del piso de arriba en Jerusalén (Lc 22,12), el pan revelaba luego toda su bondad, partiéndose a sí mismo una vez más y ofreciendo su cuerpo en un gesto supremo de don. El pan se convierte en amor, amor del que el hombre tiene absoluta necesidad para comprenderse a sí mismo y lugar donde encuentra el sentido de su vida. Es este el misterio que celebra la Iglesia en la eucaristía, un misterio frágil al menos como un trozo de pan: ¡es la amorosa fragilidad de la eucaristía!

1. Fragilidad

Frágil —del latín *fragilis*, derivado de *frangere*, es decir, «romper»— es la característica de un objeto o de una persona que opone escasa resistencia al golpe, al mal físico o moral; es quien es débil o poco estable. Se rompe o se puede romper con facilidad también lo que está mal construido o un pensamiento poco convincente, falaz e inconsistente. Pero la experiencia nos enseña también que lo que corre el riesgo de romperse con facilidad es lo que necesita ser manejado con más cuidado, y quien debe ser protegido grácilmente y cuidado con mayor atención.

La imagen evangélica que contemplamos [en la eucaristía] —enseña en una homilía el cardenal Jorge Mario Bergoglio— es la del Señor que se hace pedacitos de pan y se entrega. En el pan partido, frágil, se esconde el secreto de la vida. De la vida de cada persona, de cada familia y de la patria entera. ¡Qué curioso! La fragmentación es el peligro que advertimos como el más grande para nuestra vida social y también para nuestra vida interior. En cambio, en Jesús, este fragmentarse bajo forma de pan tierno es su gesto más vital, más unificador: ¡para darse entero tiene que partirse! En la eucaristía, la fragilidad es fortaleza. Fortaleza del

amor que se hace débil para poder ser recibido. Fortaleza del amor que se parte para alimentar y dar vida. Fortaleza del amor que se fragmenta para compartirse solidariamente. ¡Jesús partiendo el pan con sus manos! ¡Jesús dándose en la eucaristía! En esta fragilidad amorosa del Señor hay una buena noticia, un mensaje de esperanza para nosotros. En la cena, con el lavamiento de los pies y con la eucaristía, quedó claro el mensaje de alianza: Jesús no quiere ser otra cosa que pan de vida para los hombres. Al Señor que se hace pedazos para darse entero a cada uno le pedimos que nos reconstituya como personas, como Iglesia y como sociedad. Contra la fragmentación que proviene del egoísmo, le pedimos la gracia de la fragilidad amorosa que proviene de la entrega. Contra la fragmentación que nos vuelve miedosos y agresivos, le pedimos la gracia de ser como el pan que se parte para que alcance. Y no solo para que alcance sino por la alegría de compartirlo y de intercambiarlo. Contra la fragmentación de estar cada uno aislado y sumido en sus propios intereses, le pedimos la gracia de estar enteros, cada uno en su puesto, luchando por lo de todos, por el bien común. Contra la fragmentación que brota del escepticismo y de la desconfianza, le pedimos al Señor la gracia de la fe y de la esperanza, que nos lleva a gastarnos y desgastarnos confiando en él y en nuestros hermanos (J. M. BERGOGLIO, *Homilia en la solemnidad del Corpus Christi* [19-6-2003]).

2. **Comunión**

La celebración de la eucaristía hace crecer en la comunión. Es lo que ha hecho el Señor Jesucristo, su misión es la de reunir a un pueblo disperso a hacer de todos un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 2,42). Quizá no lo hayamos aprendido aún, pero nos sentamos y nos reunimos en torno al altar porque aprendemos a estar cerca los unos de los otros no solo con el cuerpo, sino también con el corazón. Hermanos y hermanas en los cuales corre la misma sangre que nos ha redimido, la sangre de Cristo porque nos ha hecho partícipes de su único cuerpo que es la Iglesia. Somos miembros los unos de los otros porque desde el principio la Escritura nos anuncia que «no es bueno que el hombre esté solo» (Gen 2,18) y que «la vida de uno está ligada a la vida del otro» (Gen 44,30).

Para que comprendáis el sentido de esta frase os voy a poner una imagen sacada de los Padres: suponed un círculo trazado sobre la tierra, es decir, una línea redonda dibujada con un compás, y un centro. Precisamente se llama centro el punto más interior del círculo. Poned atención con vuestro espíritu a lo que os voy a decir. Imaginaos que el círculo es el mundo, el centro Dios, y los radios los diferentes caminos o maneras de vivir que tienen los hombres. Cuando los santos, deseando acercarse a Dios, caminan hacia el centro del círculo, cuanto más penetran en el interior, más se acercan los unos a los otros y al mismo tiempo a Dios. Cuando más se acercan a Dios, tanto más se acercan los unos de los otros; y cuanto más se acercan los unos de los otros, más se acercan a Dios. Y ya comprendéis que lo mismo ocurre en sentido inverso: cuanto más se aleja uno de Dios para retirarse hacia lo exterior, es evidente que cuando uno se aleja de Dios, más se aleja de los demás, y cuanto más se aleja uno de los demás, más se aleja también de Dios. Así es la naturaleza del amor. En la medida en que estamos lejos y que no amamos a Dios, en esa misma medida nos alejamos cada uno del prójimo. Pero si amamos a Dios, nos acercamos a Dios a través del amor hacia él, estamos en comunión de caridad con el prójimo; y estamos unidos al prójimo porque lo estamos de Dios (DOROTEO DE GAZA, *Instrucciones*, 78).

VIII. FISIÓN NUCLEAR

Cuando haces tu mejor esfuerzo, / pero no tienes éxito / Cuando obtienes lo que quieres, / pero no lo que necesitas / Cuando te sientes tan cansado, / pero no puedes dormir / Atascado en reversa / Y las lágrimas corren por tu rostro / Cuando pierdes algo que no puedes reemplazar / Cuando amas a alguien, pero se desperdicia / ¿Podría ser peor? / Las luces te guiarán a casa / Y encenderán tus huesos / E intentaré repararte (COLDPLAY, Canción «Fix You» [2005]).

En los primerísimos años de difusión del cristianismo, durante el reinado del emperador Trajano (98-117), el obispo Ignacio de Antioquía de Siria (35-107) es arrestado por ser cristiano y conducido prisionero a Roma para sufrir la condena *ad bestias* y acabar despedazado en el circo. Eusebio de Cesarea, obispo y

escritor en tiempos de Constantino (siglo IV), en su *Historia eclesiástica* reproduce los textos de siete cartas escritas por Ignacio durante su prisión en el viaje que le llevará al martirio. Entre estas se encuentra la apasionada carta dirigida a la comunidad cristiana de Éfeso —ciudad costera de la actual Turquía— nos entrega también a nosotros una de las expresiones más elocuentes y cargadas de significado con respecto al único pan partido que es la eucaristía. Ignacio la describe así: «Medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, y alimento para vivir en Jesucristo por siempre» (IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios*, 20, 2).

Los conocedores de los principios de la dinámica farmacológica podrían decir mucho mejor lo que ocurre en el organismo cuando se toma un medicamento que nos es útil. Nosotros, de modo extremadamente simplificado, recordamos de las lecciones de química que en nuestras células se activan unos receptores, unas proteínas, que capturan el principio activo del medicamento y lo introducen en el organismo para que pueda desarrollar su acción benéfica. Si la eucaristía —según la feliz intuición de Ignacio— es similar a un medicamento, el principio activo es Jesús y su vida que se une a nuestro receptor más profundo, a ese deseo de vida escondido en el fondo de nuestra persona que el mismo Espíritu ha encendido en nosotros y lo potencia, haciéndolo crecer y dándole energía.

De los Padres de ayer a los de hoy, la reflexión y la catequesis sobre la eucaristía se han hecho más luminosas gracias a las imágenes que pueden ayudarnos a quienes escuchamos a entrar cada vez más en el misterio eucarístico que celebramos.

1. Energía

Son muy sugerentes las palabras que Benedicto XVI dirigió durante la santa misa a los jóvenes del mundo entero reunidos en Colonia en 2005 para la XX Jornada Mundial de la Juventud, el 21 de agosto. Comenta sobre la eucaristía:

¿Cómo Jesús puede repartir su cuerpo y su sangre? Haciendo del pan su cuerpo y del vino su sangre, anticipa su muer-

te, la acepta en lo más íntimo y la transforma en una acción de amor. Lo que desde el exterior es violencia brutal —la crucifixión—, desde el interior se transforma en un acto de un amor que se entrega totalmente. Esta es la transformación sustancial que se realizó en el cenáculo y que estaba destinada a suscitar un proceso de transformaciones cuyo último fin es la transformación del mundo hasta que Dios sea todo en todos (cf. 1 Cor 15,28). Desde siempre todos los hombres esperan en su corazón, de algún modo, un cambio, una transformación del mundo. Este es, ahora, el acto central de transformación capaz de renovar verdaderamente el mundo: la violencia se transforma en amor y, por tanto, la muerte en vida. Dado que este acto convierte la muerte en amor, la muerte como tal está ya, desde su interior, superada; en ella está ya presente la resurrección. La muerte ha sido, por así decir, profundamente herida, tanto que, de ahora en adelante, no puede ser la última palabra. Esta es, por usar una imagen muy conocida para nosotros, la fisión nuclear llevada en lo más íntimo del ser; la victoria del amor sobre el odio, la victoria del amor sobre la muerte. Solamente esta íntima explosión del bien que vence al mal puede suscitar después la cadena de transformaciones que poco a poco cambiarán el mundo. Todos los demás cambios son superficiales y no salvan. Por esto hablamos de redención: lo que desde lo más íntimo era necesario ha sucedido, y nosotros podemos entrar en este dinamismo. Jesús puede distribuir su cuerpo, porque se entrega realmente a sí mismo. Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su cuerpo y su sangre. Llegados a este punto la transformación no puede detenerse, antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El cuerpo y la sangre de Cristo se nos dan para que también nosotros mismos seamos transformados (BENEDICTO XVI, *Viaje apostólico a Colonia con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud. Explanada de Marienfeld* [21-8-2005]).

2. Misión

El ejemplo sorprendió y quedó marcado en la memoria de quienes escucharon esa espléndida homilía imaginando la consecución de impactos entre los átomos y el consiguiente desarro-

llo de energía. Qué deseo tan verdadero no solo para un joven, sino también para cada persona, el poder recibir y liberar energía buena y qué entusiasmo al descubrir la real posibilidad de activar el núcleo más profundo del ánimo, la conciencia espiritual, la morada del Espíritu y el sagrario del alma (GS 16) en el que se da el diálogo con Dios, lugar de las elecciones y las decisiones, motor íntimo de la vida y el amor.

El pan que comemos, la Palabra que escuchamos, se parecen a esa partícula lanzada a gran velocidad capaz de romper nuestras corazas que nos reprimen en nuestra vida para empujarnos a darla, a vivir de esa caridad que es la vida de Dios y que se convierte a su vez en desencadenante para la vida de los demás y de todo el mundo (cf. Jn 6,51).

CONCLUSIÓN

Hemos atravesado muchas habitaciones, hemos abierto muchas ventanas, hemos intentado esbozar un entramado entre los relatos de la Palabra y la liturgia y los de la vida. Esperamos que haya crecido un poco la confianza de quien ha intuido que la mina tiene aún su veta madre de oro y que es muy rica. Pero se trata —como para los buscadores de oro— de excavar con paciencia, dedicando tiempo y gozando de las pepitas pequeñas o grandes que, antes escondidas, salen a la luz. ¡No todos los días, no siempre! Quien participa en la misa a diario tampoco consigue reconocer cada día su riqueza, ni encuentra cada vez una luz luminosa; las relaciones importantes nacen con un entusiasmo creciente, con el descubrimiento de una promesa de amistad y amor, pero crecen en el aspecto festivo del estar juntos en el cual el amor sedimenta, solidifica y construye fundamentos sólidos.

De domingo a domingo —enseña el papa Francisco— la Palabra del Resucitado ilumina nuestra existencia queriendo realizar en nosotros aquello para lo que ha sido enviada (cf. Is 55,10-11). De domingo a domingo, la comunión en el cuerpo y la sangre de Cristo quiere hacer también de nuestra vida un sacrificio agradable al Padre, en la comunión fraterna que se transforma en compartir, acoger, servir. De domingo a domingo, la fuerza del

pan partido nos sostiene en el anuncio del Evangelio en el que se manifiesta la autenticidad de nuestra celebración» (FRANCISCO, *Desiderio desideravi*, 65).

Así que, ¡ánimo, probad para creer! Como el apóstol Tomás, prueba a atravesar tus dudas y tus desconfianzas y ¡siéntate a la mesa de la eucaristía! Quizá, a través de los *links* te hemos sugerido (las citas de la Escritura, las enseñanzas de los papas, los textos de las canciones que han abierto cada capítulo) puede surgir también en ti el deseo de leer y profundizar. Sí, porque la fe es también esto, es necesario alimentarse de la Palabra leída en la Iglesia. Te sugiero por eso la lectura de dos textos que se enriquecen el uno del otro. El primero es la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* del papa Benedicto XVI y el otro es la carta encíclica *Laudato si'* del papa Francisco. Sin embargo, quiero concluir con una dedicatoria musical cuyo texto me recuerda el saludo de Jesús a sus discípulos y su promesa de estar siempre con nosotros, hasta el fin del mundo:

Cuando se te acaban las palabras / estoy aquí/ estoy aquí. Tal vez tu solo necesitas dos / estoy aquí/estoy aquí. Cuando aprendes a sobrevivir / y aceptas lo imposible /nadie lo cree, yo sí. No lo sé, yo / qué destino es el tuyo / pero si quieres / si me quieres, estoy aquí. Nadie te escucha, pero yo sí. Cuando ya no sabes a dónde ir / estoy aquí / estoy aquí. Te escapás o levantas barreras / estoy aquí / estoy aquí. Cuando ser invisible / es peor que no vivir / nadie te ve / yo sí. No lo sé, yo / qué destino es el tuyo / pero, si quieres / si me quieres, estoy aquí. Nadie te ve / pero yo sí. Quien se ama lo sabe / necesitas encanto y realidad / a veces basta con lo que hay / la vida delante de sí mismo. No lo sé, yo / qué destino es el tuyo / pero, si quieres / si me quieres, estoy aquí. Nadie te ve / yo sí. Nadie lo cree, pero yo sí (LAURA PAUSINI, Canción «Io sì» [2020]).

La eucaristía es el sacramento de la caridad, «es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre» (BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 1) también para ti. Nunca estarás sola, nunca estarás solo: en la eucaristía, ¡el Señor está siempre contigo!